

Resumen

¿Cómo es posible vivir sin leer? ¿Se puede vivir sin leer? ¿Y sin escribir?

Según una encuesta nacional sobre consumos culturales realizada por la Secretaría de Medios de Comunicación de la Nación y supervisada por el INDEC en 2005, el 52% de los argentinos no leyó un libro durante 2004 y el 61% reconoció no recordar el nombre de ningún autor. Numerosos sondeos, tanto de organismos públicos como de privados, dan cuenta de una misma realidad: la sociedad se ha divorciado de la lectura y quienes aún practican ese hábito prefieren textos de autoayuda, novela histórica, entre otros.

Entonces, la pregunta acerca de las razones que justifican aquel 52% es inevitable. Además, a la problemática de la no lectura se suma una mayor, la de la comprensión y la de la producción de textos.

Cuantiosos son los trabajos que han intentado e intentan dar respuestas, en especial aquellos formulados desde el campo de la educación, las letras, la sociología y la psicología que han sido tomados como antecedentes para el desarrollo de este proyecto, pero no, desde la disciplina de la comunicación.

Ahora bien, ¿es tan así? ¿Qué pasa con los jóvenes? Ocuparse de cómo y qué leen y escriben los jóvenes es una forma de tener en cuenta su mundo. Y ese es el sentido del proyecto de investigación intercátedra del Taller de Comprensión y Producción de Textos I y II de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.

¿Cómo es posible vivir sin leer? ¿Se puede vivir sin leer?

“No creo que en sí misma, la literatura produzca nada. No es como el hecho de respirar, que es necesario para vivir. Pero sé que hay momentos en donde me pregunto cómo la gente aguanta vivir sin leer, cómo logra atravesar el día lleno de miserias, dolores, mezquindades, horrores, sin la ayuda de un libro”, afirmaba Alberto Manguel en una entrevista ofrecida a la revista *Ñ* en 2004.

Y es que la lectura es un valor insustituible. Sin ella no es posible comprender, ni hacer análisis críticos, ni reír, ni llorar, ni imaginar... ¿O acaso alguien podría negar que la lectura está separada de nuestro propio contexto? “Siempre hay una relación entre eso que se lee y lo que sucede a nuestro alrededor”, respondía Manguel.

Entonces, ¿cómo se puede vivir sin leer? ¿Se puede vivir sin leer? ¿Y sin escribir?

Según una encuesta nacional sobre consumos culturales realizada por la Secretaría de Medios de Comunicación de la Nación y supervisada por el INDEC en 2005, el 52% de los argentinos no leyó un libro durante 2004 y el 61% reconoció no recordar el nombre de ningún autor. Numerosos sondeos, tanto de organismos públicos como de privados, dan cuenta de una misma realidad: la sociedad se ha divorciado de la lectura y quienes aún practican ese hábito prefieren textos de autoayuda, novela histórica, entre otros.

La diversidad temática y de géneros de los libros más vendidos marca una tendencia que comenzó con el retorno de la democracia en 1983, tras el gobierno de la Junta. La pérdida de decisivos referentes intelectuales debilitó la alianza establecida entre los escritores y los lectores que durante los 60 y parte de los 70 se sentían identificados con ellos y con sus textos.

Por aquellos años, hablar del realismo mágico latinoamericano o de las modas europeas era mucho más que hablar de una novela. Estos libros daban cuenta de un clima de época en América Latina y en el mundo.

Es decir, tal vez la actual dispersión de títulos habla de algo más profundo: la ausencia de autores emblemáticos en la literatura argentina y latinoamericana, cuyas obras resuman la sensibilidad estética de un tiempo histórico.

Hoy no aparecen autores que sinteticen qué nos está pasando. Hay cierta orfandad; quizás por eso en las encuestas se menciona un poco de todo y aparecen autores como Favalaro o Aguinis. “Se menciona a Sábato, pero ¡hace cuánto que Sábato no escribe! La gente lo nombra porque le suena”, advirtió en el análisis del citado estudio el sociólogo Luis Alberto Quevedo.

Entonces, la pregunta acerca de las razones que justifican aquel 52% es inevitable. Cuantiosos son los trabajos que han intentado e intentan dar respuestas. En especial aquellos formulados desde el campo de la educación, las letras, la sociología y la psicología. Éstos han sido tomados como antecedentes para el desarrollo del proyecto de investigación llevado a cabo por las cátedras Taller de Comprensión y Producción de Textos I y II de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata para, de esta manera, analizar la temática desde la disciplina de la comunicación.

En la revisión de los mismos se encuentran repetidamente dos respuestas. Por un lado, la cultura audiovisual que va ganando

mayor terreno, y por otro, la ausencia o escasez de producción de obras que responden al género narrativo que insten y convoquen a la práctica de la lectura, venerada años atrás.

Durante los 60 y los 70, “la lectura era central en la vida cotidiana. Las charlas, las polémicas que se desataban a partir de los libros, la fama de los escritores nos hacían sentir en el centro de la escena”, recuerda Hugo Levín (1), editor y presidente de la Cámara Argentina del Libro. Esa atracción que producía la literatura parece haber quedado anclada con aquellas obras. En la actualidad no se encuentran en el mercado títulos que den cuenta del presente. Es que “desde hace veinte años la narrativa argentina es clandestina, secreta, casi exclusivamente para escritores”, señala Luis Chitarroni (2), editor de Sudamericana.

Esta tendencia a la no lectura de libros de novela repercute en especial, en los jóvenes y adolescentes. Para ellos, éstos han pasado a ser piezas de museo ante la ausencia de obras que den testimonio del contexto o de las problemáticas que los preocupan y, por qué no, con un lenguaje que les resulte más cercano.

Los trabajos relevados señalan que sí mantienen contacto con las letras pero a través de medios digitales, los cuales cobran cada vez mayor masividad y donde justamente, lo que prima no es la rigurosidad estilística ni ese “contacto indisoluble” como define el escritor-periodista Arturo Pérez Reverte al contacto directo del lector con el libro.

La pregunta es: ¿el libro ha perdido la centralidad cultural que tenía antes de la revolución tecnológica e incluso, ha perdido prestigio social entre las nuevas generaciones? ¿Es en verdad así?

Roger Chartier -historiador francés y Director de la Escuela de Estudios Superiores de Ciencias Sociales de París-, en una entrevista realizada por la revista *Ñ* en junio de 2006, afirma que “los jóvenes leen más que lo que se cree habitualmente. Lo que ocurre es que han renunciado, en buena medida, a formar bibliotecas. Los estudiantes piensan que los libros acompañan sólo un período vital y luego los venden o los regalan. Es decir que se lee mucho más que lo que muestran las estadísticas, que se refieren a posesión de libros. En cualquier caso, es cierto que los libros han perdido su centralidad cultural, si bien hay que matizar que la historia de la cultura no es la librería. Desde hace siglos que los libros conviven, en las calles y en los palacios, con la comunicación oral, con las tertulias, y desde el siglo XIX, con la fotografía o con el fonógrafo”.

“Entre el endiosamiento de las nuevas tecnologías -y de unas habilidades que los chicos poseen en este campo- y el inevitable extrañamiento frente a la cultura de la cumbia villera, de los ‘pibes chorros’, como un espacio cultural que configura las identidades de nuestros alumnos; allí, en ese límite, se dibuja nuestro lugar de profesores –últimos cruzados de la cultura letrada- formados para ‘otra cosa’, para enseñarles a unos alumnos que confiábamos en que se parecerían más a nosotros... Contra ilusión de confianza y familiaridad tenemos que seguir formándonos para ser los profesores de los adolescentes que están ahí, en nuestras escuelas y universidades, que están atravesando el riesgo de quedarse afuera, de quedarse sin lugar en la sociedad. Nuestra tarea hoy es la de incluir a estos jóvenes en el mundo de la cultura escrita para que la exclusión no sea doble, para no quedarnos afuera de la tarea que nos toca”, afirma Gustavo Bombini en *La trama de los textos: problemas de la enseñanza de la literatura*.

La idea es promover una transición sin conflictos desde la educación media a la superior, luchando contra esa exclusión social y propiciando la retención estudiantil.

Por otra parte, el problema de la no lectura -en los adolescentes- también afecta a los diarios, los cuales señalan con preocupación la caída en sus ventas. Según Julio Blank, responsable de la sección política del diario *Clarín*, “Del 32% de la población que hoy tiene entre 15 y 34 años, el 20% dice no leer nunca los diarios”. Frente a esta situación y ante la necesidad de convertirlo en más atractivo y mejorar las ventas, este medio implementó como estrategia de marketing el lanzamiento de una serie de fascículos en los que pretende contar la historia argentina a los jóvenes en “pocas palabras” y con coloridas imágenes e infografías, apelando a recursos propios de los medios electrónicos.

Además, a la problemática de la no lectura, se suma una mayor, la de la comprensión y la de la producción de textos.

“‘Los jóvenes no leen. Y escriben mal. Y tienen faltas de ortografía. No saben expresarse. No entienden, no pueden...’ Docentes, medios de comunicación, familiares preocupados y hasta los mismos estudiantes repiten frases como éstas ante un fenómeno que les resulta inexplicable: ¿cómo es posible que alguien llegue a la universidad sin poder escribir o entender correctamente un texto?” (3).

“La mayoría de las explicaciones tienden a simplificar el problema, cargando las culpas sobre los chicos por no esforzarse lo suficiente; sobre la televisión, las computadoras y los mensajes de texto por distraerlos de lecturas más valiosas; y sobre una mala secundaria, por prepararlos tan mal para llegar a enfrentar la realidad universitaria” (4).

Desde el campo de la docencia y de la pedagogía, los trabajos indagados coinciden en apuntar a la escuela como institución responsable en la formación de los nuevos lectores y de individuos que sepan expresar claramente una idea en el papel. Y en ese sentido, la institución debería revertir algunas situaciones como las señaladas por Ángela Pradelli, escritora y profesora en letras, en sus análisis: “La mitad de los chicos que llega hoy al nivel secundario lo hace sin haber leído nunca un libro completo”.

Entonces, “necesitamos formar lectores para interpretar la información y valorar debidamente lo que se lee, categorizar los datos y reconocer intenciones de quien escribe. Hace falta entrenar a nuestros alumnos en las prácticas de lectura y para las prácticas de lectura, hacen falta libros”, afirma Pradelli. De la misma manera, para las prácticas de escritura.

Asimismo, otra observación que se hace desde estos campos al respecto de las problemáticas planteadas, es el reconocimiento de la importancia que han adquirido los textos con soporte digital en detrimento de los libros, y advierten que “no porque las nuevas tecnologías sean extremadamente poderosas todo se reduce a circular sobre ellas” (5).

“En el proceso de clarificación y organización del mundo del discurso. Una carta no es un libro, no es una ficha, no es un diario, no es una revista y todo esto se hace más complicado en el texto electrónico porque hay un objeto único, la computadora” (6).

Por otra parte, en los trabajos realizados desde el psicoanálisis se entiende a la lectura como práctica que interviene en la formación de la propia imagen y del mundo circundante, y paralelamente, remarca su importancia por el rol que cumple en el proceso de apropiación del lenguaje, ya que “lo que determina la vida de los humanos, en gran medida, es el peso de las palabras o el peso de su ausencia. Cuanto más capaz se es de nombrar cualquier cosa, más apto se es para vivirla y para cambiarla” (7).

La cuestión de la lectura y de la escritura en la actualidad ha sido abordada desde diferentes perspectivas y también existen numerosos estudios y materiales respecto a la transformación en los modos y prácticas del leer y del escribir, dada su importancia dentro de la formación de todo sujeto.

Sin embargo resultan insuficientes. Hoy, existe una necesidad académica, social y política de desarrollar el campo de la lectura y de la escritura.

Desde la comunicación y del periodismo, cuya mirada entiende a la lectura y a la escritura como parte del proceso de construcción de sentidos y de interpelación para la comprensión y transformación de la realidad, es que se propone esta mirada hacia el campo de la lectura y la escritura, para de esa manera, profundizar en la temática tomando la relación jóvenes-lectura-escritura.

Ocuparse de cómo y qué leen los jóvenes es una forma de tener en cuenta su mundo.

“Aprender en la universidad, no es un logro garantizado. Depende de la interacción entre alumnos, docentes e instituciones. Depende de lo que haga el aprendiz, pero también depende de las condiciones que les ofrecemos los docentes” (8).

Retención, inclusión, diagnóstico, oferta de lecturas que se acerquen a las temáticas cotidianas que atraen a los estudiantes, integrar la producción de textos al análisis de éstos, indagar en los autores y sus contextos, contextualizar las obras, recuperar los saberes previos de los alumnos acerca de las obras relacionándolas con temáticas cercanas a ellos y a la actualidad, son tan sólo algunas de las estrategias para comenzar a revertir la situación actual de la lectura y la escritura.

Porque en una etapa del debate académico en el que la Comunicación Social como espacio de formación profesional, campo laboral y renglón científico está analizando, reconociendo, fijando y reclamando zonas propias, la escritura y un propio abordaje de la lectura son, sin duda, un territorio en el que la bandera de nuestra disciplina es imprescindible: el territorio de las palabras.

Notas

(1) *Clarín*, septiembre de 2005.

(2) *Clarín*, septiembre de 2005.

(3) *Clarín*, 19 de febrero de 2006.

(4) Roger Chartier, historiador de la cultura y de los modos de lectura, Director de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Entrevista realizada por la revista *Ñ* en junio de 2006.

(5) Ferreiro, Emilia. Prólogo a Lerner, Delia. *Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.

(6) *Clarín*, 19 de febrero de 2006.

(7) Michèle Petit. Socióloga, Antropóloga y Psicoanalista. Investigadora del Centro Nacional de Investigación Científica de Francia. Revista *Ñ*, junio de 2006.

(8) Carlino, Paula. *Escribir, leer y aprender en la universidad*. Buenos Aires: Ed. Fondo de Cultura Económica, 2005.

Bibliografía

Carlino, Paula. *Escribir, leer y aprender en la universidad*. Buenos Aires: Ed. Fondo de Cultura Económica, 2005.

Bombini, Gustavo. *La trama de los textos. Problemas de la enseñanza de la literatura*. Buenos Aires: Libros del Quirquincho, 1989. Reedición en Buenos Aires: Lugar Editorial, 2005.

Ferreiro, Emilia. Prólogo a Lerner, Delia. *Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario*. México: Fondo de Cultura

Económica, 2001.

Michèle Petit. Socióloga, Antropóloga y Psicoanalista. Investigadora del Centro Nacional de Investigación Científica de Francia.
Revista Ñ, junio de 2006.